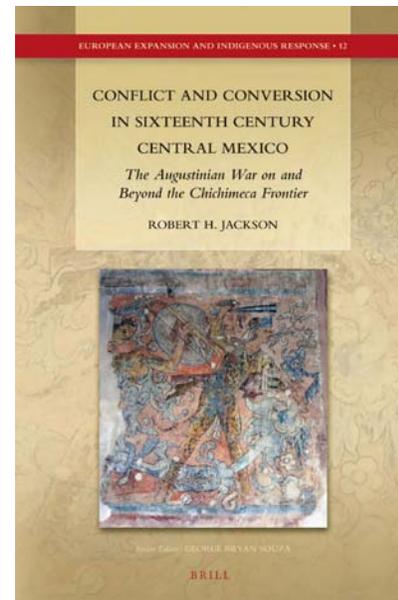


Robert H. Jackson, *Conflict and Conversion in Sixteenth Century Central Mexico. The Augustinian War on and Beyond the Chichimeca Frontier*, Leiden/Boston, Brill, 2013, 253 pp. (European Expansión and Indigenous Response: Vol. 12)

Desde hace ya varios lustros Robert H. Jackson ha dirigido sus investigaciones históricas (que se cuentan por decenas) a tratar de entender el mundo misional americano, lo mismo dentro del ámbito californiano, los Andes, o el septentrión novohispano. La historia demográfica ha sido su principal área de interés; no obstante, en años recientes se ha ocupado de los conflictos culturales que generó la empresa de conquista y evangelización americana. Por ello, la perspectiva analítica del libro que nos regala en esta ocasión, *Conflict and Conversion in Sixteenth Century Central Mexico. The Augustinian War on and Beyond the Chichimeca Frontier*, resulta novedosa dentro del espectro metodológico de su obra. Nos sorprende con un interesante análisis de la pintura mural y en general del “objeto artístico” como una fuente de información para el historiador que busca desentrañar un proceso social. Nuestro autor no visualiza el arte como un objeto de estudio en sí mismo sino como una herramienta documental que nos proporciona información sobre los hombres que lo crearon y sobre su tiempo y sociedad. En otras palabras, hace de los murales y otras pinturas “un texto historiográfico” útil para entender el proceso de evangelización de los indios mesoamericanos (particularmente los pueblos del septentrión novohispano). En cierta medida procede de la forma en que lo harían los historiadores promotores de la “historia social del arte”, como el célebre Arnol Hauser.

Robert Jackson centra su atención en el posible significado que tuvieron los murales de las construcciones agustinas situados en la zona de frontera de los pueblos “chichimecas” durante el siglo XVI en la entonces zona de frontera misional del septentrión de Nueva España. A nuestro autor le intriga la razón por la que los agustinos permitieron que en el templo de Ixmiquilpan (un templo en zona de misión), se pintara a guerreros ataviados a la manera de los pueblos indios del centro (nahuas y otros grupos) derrotando a otros con atuendos más sencillos que, en su opinión, representan a los pueblos que habitaron las regiones del norte (entonces en proceso de evangelización y conquista). Para Jackson, se trata de un mural que funciona a la manera de un libro en el que se muestran escenas de la llamada “Guerra Chichimeca”, proceso decisivo en la conquista del norte del septentrión



novohispano. Nos plantea que dichas pinturas eran mensajes dirigidos a los indios en proceso de conversión, dice que las pinturas eran una forma de transmitir ideas a indios que no sabían leer a la manera occidental, pero cuya cultura visual les permitía entender las imágenes como textos.

Lo mismo sucede en su análisis sobre las formas de representar al Diablo y a los tormentos infernales en la capilla abierta de Actopan o en la pequeña capilla de Xoxoteco, ambas, igual que Ixmiquilpan, en el actual estado de Hidalgo, al centro de México. Con mirada profunda y educada, Jackson va descubriendo pequeños detalles, paneles, figuras, frisos, dinteles, relieves y demás señales que dan muestra del tipo de mensajes que los autores de la decoración de los templos y capillas insertaron como parte de un discurso de conversión forzoso. De esta manera, encontramos imágenes no sólo vinculadas a los agustinos, sino también a los dominicos y franciscanos, y no sólo a lugares del centro de México sino de Yucatán y hasta el área andina, pasando por Sierra Gorda y otros enclaves misionales. Esta obra es pues una especie de viaje visual a través de las distintas maneras de concebir y representar el proceso misional y de conversión de los indios por parte de los mendicantes, quienes, según nuestro historiador, pasaron de un lenguaje de fuerza y terror dirigido a indios reacios e idólatras en el siglo XVI a otro más conciliador y menos violento en los siglos posteriores, en especial durante el siglo XVIII.

La cantidad de recursos visuales empleados por Jackson en su obra demuestran la capacidad de nuestro autor para “moverse con soltura y comodidad” en la historia evangelizadora de distintas regiones y de distintos momentos en la época colonial de Hispanoamérica, tanto que, a veces, el lector puede olvidar que se trata de una obra que se centra en el estudio del siglo XVI, pues los muchos ejemplos del siglo XVIII pudieran despistarlo, lo mismo sucede cuando se emplean ejemplos del área andina para contrastar con los novohispanos. También debe señalarse que, en estricto sentido, no todos los casos que aborda nuestro autor fueron del siglo XVI, pues es posible que varios se hayan materializado como obra a finales de esa centuria o más probablemente a principios del XVII que fue cuando se concluyeron la mayor parte de las grandes construcciones conventuales del proceso evangelizador americano. Si bien, es cierto que el programa iconográfico debió ser concebido durante el siglo XVI, el de las grandes conquistas y descubrimientos.

La historia de Jackson se centra en las escenas de los templos agustinos del Valle del Mezquital y la Sierra Alta, regiones habitadas por el pueblo Hñahñu/Otomí (como les llama nuestro autor), y el discurso que presentan es el de una guerra contra la idolatría, discurso que se asocia, según Jackson, con la llamada “guerra chichimeca” que en el siglo XVI novohispano representó la conflagración más prolongada y costosa para la naciente Nueva España. Sería, en este sentido, la cara religiosa de la guerra de expansión septentrional novohispana.

Sin duda, la lectura que Jackson hace del conjunto de murales agustinos en una de las “fronteras chichimecas” resulta una propuesta interesante; aunque cabría preguntarse, si los paralelismos y semejanzas entre diferentes regiones y latitudes del mundo misional americano obedeció más a los referentes visuales generados en el Viejo Mundo, y en ese sentido evaluar con mucho cuidado qué tanto pesó la mano de los artistas nativos en la conformación de nuevos discursos visuales que quizás podríamos definir como indianos. En ese sentido, mucho valdría retomar la vieja discusión en torno al arte indocristiano de

Constantino Reyes Valerio o *tequitqui* de José Moreno Villa, a la luz de los nuevos postulados historiográficos sobre la población en las colonias hispanoamericanas, como los procesos de negociación más allá de las resistencias, pervivencias y sincretismos de la historiografía tradicional.

Gerardo Lara Cisneros  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Universidad Nacional Autónoma de México